

1 Mayo 1953

Canta, Poeta....

A D. Antonio Roldán, con
mi admiración.

¡Quién fuera poeta, para poder expresar con acertadas imágenes cuánto hay de bello y conmovedor en esa apoteósica y maravillosa entrada de la Virgen en el templo!

¡Quién pudiera plasmar, dar perdurable vida en el verso, a esos instantes fugaces y de emoción incontenible!

Tú, poeta, que tienes ese don divino de la inspiración, esa fuerza creadora capaz de vencer al horrible fantasma del tiempo, que todo lo borra y todo lo destruye; tú, que en armónicos torrentes de rimas y pensamientos, creaste seres que son, en su inexistencia, eternos; que con el fuego purificador de la poesía hiciste idealidad y ensueño lo que tan solo era burda realidad; tú, exquisito artista, eterniza esta noche inolvidable de Mayo, con la belleza, el encanto y la emoción que para nosotros, luceninos y aracelitanos encierra.

Mira: Allá en el cielo, las nítidas estrellas, se guían alegres y coquetuelas; acá, bajo una profusa luz artificial, cual mariposas multicolores é inquietas, las bellas mujeres andaluzas—morenas y esbeltas—, ponen una nota de hermosura al conjunto heterogéneo de la muchedumbre, agolpada para ver el paso de la Virgen de Araceli; y sobre la multitud, en su rico trono, la Madre de Dios, con su sonrisa comprensiva y complacida, llevada a hombros por sus amantes hijos. Escucha el ensordecedor detonar de miles de cohetes, que cruzan vertiginosos el vacío, hiriendo la oscuridad nocturna en su desgranarse vario y colorista.

Canta tú, poeta, todo ello; sea tu voz clara y tu decir gallardo y elocuente quien nos haga seguir viviendo, pese al tiempo y la distancia, esos gratísimos momentos en los que el amor hacia la Madre Dulce y Buena nos unió en sentidos vítores; canta, poeta, canta...; que ni mi voz ronca ni mi palabra torpe, son capaces de expresar lo que expresar quisiera.

Miguel Molina

Farolillo de su calle

Orguloso de poseer su amistad, de ico este insignificante trabajo, a Miguel Molina, ese Miguel Molina que escondido tras de su modestia, nos deleita con el perfume de su excelente prosa.

Farolillo que alumbrabas la faz de la Virgen madre y ahora sigues alumbrando aquel rincón de su calle:

¿Desde cuándo no la viste?
¿Por dónde se fué la Carmen que ya no alientan sus copias ni palpitan sus romances?

Yo bien sé que desde un día sigue su camino errante en busca de aquel poeta, que al terminar de una tarde, quiso cantarle a la muerte y fué la muerte a buscarle.

El poeta que escribía para ella los cantares que en su garganta inundía y desgranaban los aires.

Yo sé que dejó en olvido su pañolillo de talle y si dejó las tres rosas color de la misma sangre, que se abrieron cierto día con el calor de su carne.

Si pasara, farolillo, si sintieras sus andares, apaga tu llama triste y deja sin luz la calle.

¡Que no la vean llorando!
¡Que no lo moleste nadie,
porque lleva el alma herida por una pena muy grande!

A. ROLDAN

Lucena, 21 de julio de 1953